



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

BARONESA ROSEHORN LEHN

Esta convertida danesa es autora de varios libros. El más conocido es la historia de su conversión (Min Vandrebog) y una traducción del Nuevo Testamento al danés, realizada en colaboración de su Obispo.

Soy la más joven entre seis hermanas de una familia protestante. Como tal me educaron en el protestantismo.

Mi mamá era una mujer temerosa de Dios; instruyó ella misma a sus hijos en la religión y dejó profundamente sembrada en mi corazón de niño la semilla de la piedad. Ella, que era hija de un diplomático, había pasado su infancia en Frankfurt a. M. Algunos prohombres católicos, entre otros el Príncipe Carlos Lowenstein (que murió como P. Raimundo O. P.), con los que guardó correspondencia hasta su muerte, ejercieron en ella una profunda influencia.

Pero las circunstancias de la vida la separaron de todos los católicos. Solamente cuando una de sus hijas, ya casada, se convirtió con su esposo al catolicismo por medio del Cardenal Mermillod (entonces Obispo de Ginebra); comenzó mi madre a estudiar los libros católicos. En la soledad campestre del Castillo Hvidkilde (nuestra patria) tenía tiempo de sobra para estudiar; y con sus estudios llegó a la conclusión de que la Iglesia católica es la verdadera Iglesia de Cristo.

Mi padre no puso propiamente ningún obstáculo a su deseo de hacerse católica; solamente le exigió que retardase el paso hasta el momento en que yo, niña entonces de diez años, recibiera la confirmación. Desde aquel momento fui sustraída al influjo religioso de mi madre y antes de mi confirmación se me sujetó a la instrucción de un Pastor Protestante. Era éste, un hombre sinceramente bueno y piadoso. Pero tanto él como todos los que me rodearon, y que conocían las simpatías de mi madre por el Catolicismo, hicieron todo lo posible por afianzarme sólidamente en el protestantismo.

No mejoraron las circunstancias cuando a los quince años recibí la confirmación, aunque mi madre, como también dos de mis hermanas, habían entrado en la Iglesia Católica. Yo, que creía todas las mentiras que se me enseñaban respecto de la Iglesia compadecía a mi madre y a mis hermanas, porque se consagraban, a mi entender, a la idolatría y a tantas otras maldades. Diez años pasaron con un amargo sentimiento de ambas partes. Nos amábamos entrañablemente; y, sin embargo, espiritualmente, vivíamos absolutamente distanciadas. Por fin no pude resistir más y en la primavera de 1898, con veintiseis años, abandoné mi patria y viajé a Inglaterra para estudiar la antigüedad clásica.

Mi sentimentalismo quedó profundamente cautivado por el culto religioso de la Iglesia anglicana. También me impresionó que en Inglaterra no se temiera a los Santos de la Iglesia católica. Por el mismo tiempo quedó desvanecida mi fe en los santos protestantes, Martín Lutero y Gustavo Adolfo de Suecia. Con los estudios históricos, sobre todo con la lectura de los libros del Profesor anglicano, Leighton Pullan, de Oxford, de las Confesiones de San Agustín y la Florecillas de San Francisco, mi alma se abrió al pensamiento de que sólo existe una Iglesia.

En el invierno de 1901-1902 me dirigí a Atenas, como estudiante de la Escuela de Historia de la Antigüedad. Mi fiel compañera en estos años de peregrinación, la habilísima pintora, Sofia Holten, fué también conmigo a Grecia. Participábamos en los mismos estudios y del mismo curso en la evolución de los sentimientos religiosos. Ella fué la que me incitó a que hiciese decir una misa por mi mamá en una iglesia católica. Pero cuando el amable sacerdote, a quien me dirigí, me dijo que iba a rogar por la conversión de Dinamarca, me sentí herida y pensé: "Qué estarán imaginándose estos católicos" Pero cuando a los pocos meses de nuestro viaje, visitamos el sepulcro de San Nicolás de Bari, yo le dí al sacerdote una moneda de oro, rogándole que rezara por mí.

La próxima etapa en nuestro viaje, fué Aquila, donde se encuentra el sepulcro de San Bernardino de Sena. Cuando niña, yo había considerado a San Bernardino como un Santo medio-protestante, porque había venerado el nombre de Jesús y predicado su devoción. Con interés contemplé ahora en el Ayuntamiento la bella máscara del Santo con su rostro suave y atrayente. Al atardecer fui a su sepulcro. Sofia Holten se fué con el franciscano que nos enseñaba la Iglesia, para ver en la proximidad algunas obras de arte. Quedé sola, me arrodillé sobre el sepulcro y pedí con toda el alma que Dios me hiciera tan santa como San Bernardino. En el mismo instante sentí y aun lo expresé a media voz: "Pero eso tiene que costar un esfuerzo espantoso". Pero enseguida me corregí y pedí a Dios con lágrimas perdón por mi flojera.

Pasé la noche en oración para prepararme dignamente a visitar el sepulcro de San Francisco. Porque ahora viajábamos hacia Asís. Lo que allí sucedió en nuestras almas fué un milagro tal de la gracia que la eternidad no bastaría para dar gracias a Dios y a San Francisco por ello.

De los muchos detalles que como cadenas espirituales, como red sutil y hendeda de un nido de pájaros, nos fueron encadenando, debo mencionar en primer término: la pobreza y la caridad verdaderamente evangélicas de los franciscanos.

Al principio de Setiembre, por enfermedad de mi padre, hube de viajar hacia mi casa. Apenas retorné de los países católicos a los protestantes de Alemania, sentí en mí por vez primera el frío glacial de aquellas iglesias dispersas por el campo: no estaba allí el Santísimo Sacramento. Al llegar a casa, por vez primera pude hablar con mi madre, como nunca hasta entonces lo había hecho. Le conté todo lo de Asís; y enseguida pudo advertir ella lo cerca que me hallaba de la Iglesia. Yo misma sin embargo no caía en la cuenta de esto.

Durante mi ausencia de Asís, los franciscanos oraron por mí sobre el sepulcro del Santo. La vigilia de la fiesta del Santo me presenté de nuevo en Asís para las vísperas solemnes. Era un retorno al hogar en todo el sentido de la palabra. A la mañana siguiente, mientras en la Misa solemne, celebrada en la Iglesia del Sepulcro se cantaba el Credo, reconocí en las palabras: "Et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam" la verdad plena y luminosa de la fe.

Durante todo el verano en largas conversaciones de varias horas me había instruído en la religión el P. Custodio, Francisco Dall'Olio. Pero me faltaba el último golpe de la gracia. Había ya llegado. Más difícil fué para Sofia Holten el tomar la última determinación. Era hija de un pastor protestante y provenía de toda una familia de predicadores. A ella le parecía como una condenación de su familia, su entrada en la Iglesia católica. Pero sus prevenciones quedaron superadas por la sinceridad de su persuasión.

El día 19 de Noviembre, en la fiesta de Santa Isabel, día del Santo de mi madre y día de mi bautismo, fuimos recibidas ambas en la Iglesia junto al sepulcro de San Francisco. Mi eterna gratitud a Dios por ésta su gracia.